

## 33 DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO/ B

### Tema

La liturgia del Domingo 33 del Tiempo ordinario nos presenta, fundamentalmente, una invitación a la esperanza. Nos invita a confiar en ese Dios libertador, Señor de la historia, que tiene un proyecto de vida definitiva para los hombres. Como dicen nuestros textos, Él va a cambiar la noche del mundo en la aurora de una vida sin fin.

La primera lectura anuncia a los creyentes perseguidos y desanimados la llegada inminente del tiempo de la intervención liberadora de Dios para salvar al Pueblo fiel. Esta es la esperanza que debe sostener a los justos, llamados a permanecer fieles a Dios, a pesar de la persecución y de la prueba. Su constancia y fidelidad serán recompensadas con la vida eterna.

En el Evangelio, Jesús nos garantiza que, en un futuro sin fecha determinada, el mundo viejo del egoísmo y del pecado caerá y que, en su lugar, Dios va a hacer aparecer un mundo nuevo, de vida y de fidelidad sin fin. A sus discípulos, Jesús les pide que estén atentos a los signos que anuncian esa nueva realidad y disponibles para acoger los proyectos, las llamadas y los desafíos de Dios.

La segunda lectura recuerda que Jesús vino al mundo para hacer realidad el proyecto de Dios en el sentido de liberar al hombre del pecado y de insertarlo en una dinámica de vida eterna. Con su vida y con su testimonio, nos enseñó a vencer el egoísmo y el pecado y a hacer de la vida un don de amor a Dios y a los hermanos. Ese es el camino del mundo nuevo y de la vida definitiva.

### **1. Primera lectura: Lectura de la profecía de Daniel 12, 1-3**

Por aquel tiempo se levantará Miguel, el arcángel que se ocupa de tu pueblo: serán tiempos difíciles, como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora. Entonces se salvará tu pueblo: todos los inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo despertarán: unos para vida eterna, otros para ignominia perpetua. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad.

#### **1.1 Ambientación**

En el 333 antes de Cristo, Alejandro el Magno derrotó a Darío III, rey de los Persas, en la batalla de Issos (Siria). Palestina, hasta ese momento bajo el dominio de los Persas, quedó integrada en el imperio de Alejandro. Éste procuró imponer la idea de la “oikoumene”, o sea, la idea de un mundo en el que todos los hombres forman parte una sola familia, unidos bajo una sola ley divina, en la que todos los ciudadanos del imperio eran ciudadanos de una misma ciudad y compartían los mismos valores y una misma cultura.

Cuando Alejandro murió, en el 323, el imperio fue disputado entre sus generales. Palestina fue, entonces, objeto de disputa entre los ptolomeos, que ocupaban Egipto, y los seléucidas, que dominaban Siria y Mesopotamia. En un primer momento, los ptolomeos aseguraron el dominio de Palestina y de Siria; pero el seléucida Antíoco III, aliado con Filipos V de Macedonia, acabó venciendo a los ptolomeos (batalla de las fuentes del Jordán, en el año 200 antes de Cristo) y consiguiendo el control de Palestina.

Si el período ptolemaico fue una época de relativa benevolencia hacia la cultura judía, la situación cambió radicalmente durante el reinado del seléucida Antíoco IV Epifanes (174-164). Este rey, interesado en imponer la cultura helénica en todo su imperio, practicó una política de intolerancia seléucida para con la cultura y la religión judías. La persecución fue dura y los signos de intolerancia seléucida provocaron heridas muy profundas en el universo social y religioso judío. Si muchos judíos renegaban de su fe y asumían los valores helénicos, muchos otros resistían, defendiendo su identidad cultural y religiosa. Unos optaban abiertamente por la insurrección armada (como fue el caso de Judas Macabeo y de sus heroicos seguidores); otros optaron por hacer frente a la prepotencia de los reyes helénicos con su palabra y sus escritos.

El Libro de Daniel surge en este contexto. Su autor es un judío fiel a la cultura y a los valores religiosos de sus antepasados, interesados en defender su cultura y su religión, apostando por mostrar a sus conciudadanos que la fidelidad a los valores tradicionales sería recompensada por Yahvé con la victoria sobre los enemigos. Contando la historia de un tal Daniel, un judío exiliado en Babilonia, que

supo mantener su fe en medio de un ambiente hostil de persecución, el autor del Libro de Daniel pide a sus conciudadanos que no se dejen vencer por la persecución de Antíoco IV Epífanes y que se mantengan fieles a la religión y a los valores de sus padres. En este libro, el autor les asegura que Dios está del lado de su Pueblo y que recompensará su fidelidad a la Ley y a los mandamientos. Estamos en la segunda mitad del siglo II antes de Cristo, poco antes de la desaparición de la escena de Antíoco (que sucedió el año 164 a. de C.).

Con el libro de Daniel, se inaugura la literatura apocalíptica. En un tiempo de persecución, el autor pretende, utilizando un género literario que utiliza, frecuentemente, símbolos y un lenguaje cifrado para restaurar la esperanza y asegurar a su Pueblo la victoria de Dios y de sus fieles sobre los opresores.

## **1.2 Mensaje**

A los creyentes perseguidos, el autor del libro les anuncia la llegada inminente del tiempo de la intervención salvadora de Dios para salvar al Pueblo fiel. En ese sentido, se refiere a la intervención de “Miguel”, el jefe del ejército celestial, que Dios enviará para castigar a los perseguidores y para proteger a los santos. En el imaginario religioso judío, “Miguel” es conocido como un espíritu celeste (una especie de ángel protector) que vela por el Pueblo de Dios y que, por mandato divino, opera la liberación de los justos perseguidos, cuyo nombre está inscrito “en el libro de la vida” (v. 1).

Esa intervención inminente de Dios no alcanzará, en la perspectiva de nuestro autor, solamente a aquellos que todavía caminan por la historia; sino que Dios, también, resucitará a los que hayan muerto, a fin de darles el premio por la vida de fidelidad o el castigo por las maldades que practicaron (v. 2). ¿En concreto, el autor está hablando de aquello que solemos llamar “el fin del mundo”? De lo que él habla es de una intervención de Dios que pondrá fin al mundo de injusticia, opresión, prepotencia, muerte y que inaugurará un mundo nuevo, de justicia, de felicidad, de paz, de vida verdadera.

Aquellos que, a pesar de la persecución y del sufrimiento, se mantengan fieles a Dios y a sus valores, esos están destinados a la “vida eterna”. El autor de este texto no explica directamente en qué consistirá esa “vida eterna”, pero los símbolos utilizados (“brillarán como el fulgor del firmamento” y “como las estrellas, por toda la eternidad”, v. 3) evocan la transfiguración de los resucitados. Esa vida nueva que les espera no será una vida semejante a la del mundo presente, sino que será una vida transfigurada.

Esta es la esperanza que debe sostener a los justos, llamados a permanecer fieles a Dios, a pesar de la persecución y de la prueba. Su vida no es, nos asegura nuestro autor, un sinsentido, y no está condenada al fracaso; sino que su constancia y fidelidad serán recompensadas con la vida eterna. Aunque sin datos muy concretos y sin definiciones muy claras, comienza aquí a esbozarse la teología de la resurrección.

## **1.3 Actualización**

■ El mensaje de esperanza que nuestro texto nos deja, estaba destinado a animar a los creyentes que sufrían persecución en una época y en un contexto particulares. Sin embargo, es un mensaje válido para los creyentes de todos los tiempos y lugares. La “persecución” causada por la fidelidad a los valores en los que creemos es una realidad que todos conocemos y que forma parte de nuestra existencia, cuando esta es comprometida. Hoy, esa “persecución” no siempre es sangrienta; se manifiesta muchas veces en actitudes de marginación o de rechazo, en expresiones humillantes, en actitudes provocativas, en juicios apresurados e injustos, en prejuicios y oposición... Con todo, es siempre una realidad que hace sufrir al Pueblo de Dios. Este texto nos asegura que Dios nunca abandona a su Pueblo en marcha por la historia y que la victoria final será de aquellos que se mantengan fieles a las propuestas y a los caminos de Dios. Esta certeza constituye un “capital de esperanza” que debe animar nuestro caminar diario por el mundo.

■ El Libro de Daniel apunta, también, hacia la cuestión de la fidelidad a los valores verdaderamente importantes, que se sitúan más allá de las conveniencias políticas y sociales, o de las imposiciones y perspectivas de aquellos que dictan la moda. Daniel, el personaje central del libro, es una figura interpelante, que nos invita a no transigir con los valores efímeros, sobre todo cuando ponen en peligro los valores esenciales. El cristiano no es una “caña agitada por el viento”, que, por intereses o por

cálculo, olvida los valores y las exigencias fundamentales de su fe; sino que es un “profeta” que, en permanente diálogo con el mundo y sin alejarse de él, intenta dar testimonio de los valores perennes, de los valores de Dios.

■ La certeza de la presencia de Dios acompañando el caminar de los creyentes y la convicción de que la victoria final será de Dios y de sus fieles, nos permite mirar la historia de la humanidad con confianza y esperanza. El cristiano no puede ser, por tanto, un “profeta de la desgracia”, que tiene permanentemente una perspectiva negra de la historia y que mira el mundo con acidez y pesimismo; sino que tiene que ser una persona alegre y confiada, que mira hacia el futuro con serenidad y esperanza, pues sabe que, presidiendo la historia de los hombres está Dios, protegiendo, cuidando y amando a cada uno de sus hijos.

■ Nuestro texto asegura la vida eterna a aquellos que intentan vivir en fidelidad a los valores de Dios. La certeza de que la vida no acaba en la muerte, nos libera del miedo y nos da el coraje necesario para el compromiso. Podemos, serenamente, enfrentarnos en el mundo a las fuerzas de la opresión y de la muerte, porque sabemos que no conseguirán derrotarnos: al final de nuestro caminar por este mundo, está siempre la vida eterna y verdadera, que Dios reserva a los que están “inscritos en el libro de la vida”.

### **Salmo 15 *Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.***

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena. Porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha.

## **2. Segunda lectura: Lectura de la carta a los Hebreos 10, 11-14.18**

Cualquier otro sacerdote ejerce su ministerio, diariamente, ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

### **2.1 Ambientación**

Por última vez, en este año litúrgico, se nos presenta un texto de la Carta a los Hebreos. Esta “Carta” (que, más que una “carta”, es una “homilía”), fue escrita y dirigida a comunidades cristianas que vivían días complicados... A la falta de entusiasmo de muchos de sus miembros en la vivencia del compromiso cristiano, se unía la hostilidad de los enemigos, y las confusiones causadas a la fe comunitaria por ciertos predicadores poco ortodoxos que enseñaban doctrinas extrañas y poco cristianas. Eran, por tanto, comunidades frágiles, cansadas y desalentadas, que necesitaban redescubrir su entusiasmo inicial, revitalizar su compromiso con Cristo y apostar por una fe más coherente y más comprometida.

En este sentido, el autor de la “carta” les presenta el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, cuya misión es poner a los creyentes en relación con el Padre e insertarlos en ese Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana. Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes son llamados a hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y de amor. De esta forma, el autor ofrece a los cristianos, una profundización y un desarrollo de la fe primitiva, capaz de revitalizar una experiencia de fe debilitada por la hostilidad del ambiente, por la acomodación, por la monotonía y por el enfriamiento del entusiasmo inicial.

El texto que se nos propone forma parte de la conclusión de la reflexión sobre el sacerdocio de Cristo (cf. Heb 10,1-18). Ahí, el autor repite temas desarrollados en los capítulos precedentes, intentado, una vez más, poner de relieve la dimensión salvadora de la misión sacerdotal de Jesús. El objetivo es despertar en el corazón de los creyentes una respuesta adecuada al amor de Dios, manifestado en la acción de Jesús.

## **2.2 Mensaje**

Los “sacrificios por el pecado” constituían uno de los pilares del culto israelita. Introducidos en el sistema cultural de Israel en una época relativamente tardía (algunos autores dudan incluso de su existencia antes del Exilio de Babilonia), tenían la función de expiar los pecados del Pueblo y de rehacer la comunión entre los creyentes y Dios. Al ofrecer, sobre el altar del Templo, la vida de un animal, el creyente pedía a Yahvé perdón por su pecado, manifestaba su intención de continuar perteneciendo a la comunidad de Dios y mostraba su voluntad de restablecer esa relación con Dios que el pecado había interrumpido. El autor de la Carta a los Hebreos está convencido, sin embargo, que los sacrificios ofrecidos buscando el perdón no eran eficaces y no conseguían, de forma duradera, restablecer esa corriente de vida y de comunión entre el Pueblo y Dios. Se trataba de ritos externos y superficiales, que nunca lograban transformar los corazones duros y egoístas de los hombres en corazones capaces de vivir en el amor a Dios y a los hermanos.

Jesús, sin embargo, con la entrega de su vida, consiguió realizar ese objetivo de aproximar a los hombres a Dios. Él obedeció a Dios en todo y ofreció su vida en donación de amor a los hombres. Con su ejemplo y testimonio, propuso a los hombres un camino nuevo, cambió sus corazones y les enseñó a vivir en una total disponibilidad para con los proyectos de Dios, en una entrega total a los hermanos. De esa forma, Jesús venció la lógica del egoísmo y del pecado y puso a los hombres en el camino seguro para formar parte de la familia de Dios. El sacrificio de Jesús, ofrecido de una vez para siempre, liberó, efectivamente, a los hombres de la dinámica del egoísmo y del pecado y les permitió aproximarse a Dios con un corazón renovado, “perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados” (v. 14).

Cumplida su misión en la tierra, Jesús “está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies” (v. 12). Esta imagen de triunfo y de gloria muestra, no solamente que el camino recorrido por Cristo es un camino que tiene la aprobación de Dios sino, sobre todo, cuál es la “meta” final del caminar del hombre: la divinización, la comunión con Dios, la pertenencia a la familia de Dios. Si el camino de fidelidad a los proyectos de Dios y de entrega por amor a los hermanos, llevó a Jesús a sentarse a la derecha del Padre, también aquellos que sigan a Jesús llegarán a la misma meta, a sentarse, a su vez, a la derecha de Dios. De esta forma, el autor de la Carta a los Hebreos exhorta a los cristianos a vivir en fidelidad a los compromisos que asumieron con Cristo el día de su Bautismo. Quien, a pesar de las dificultades, recorre el mismo camino de Cristo, está destinado a sentarse “a la derecha de Dios” y a vivir, para siempre, en comunión con Dios.

## **2.3 Actualización**

■ El pecado, consecuencia de nuestra finitud, es siempre una realidad que impide la comunión plena con Dios y el acceso a la vida verdadera. Es, por tanto, algo que constituye un obstáculo a nuestra realización plena, al nacimiento del Hombre Nuevo. ¿Estaremos, en consecuencia, fatalmente condenados a no realizar nuestra vocación de comunión con Dios y a no concretar nuestro deseo de vida en plenitud? La segunda lectura de este Domingo nos garantiza que Dios no abandona al hombre que realiza, incluso conscientemente, opciones equivocadas. Nuestro egoísmo, nuestro orgullo, nuestra autosuficiencia, nuestra comodidad, nuestro pecado no tiene la última palabra y no nos apartan definitivamente de la comunión con Dios y de la vida eterna; la última palabra es siempre la del amor de Dios y de su voluntad de salvar al hombre.

■ Jesús, el Hijo amado de Dios, vino al mundo para hacer realidad el proyecto de Dios en el sentido de liberarnos del pecado y de insertarnos en una dinámica de vida eterna. Con su vida y con su testimonio, él nos enseñó a vencer al egoísmo y al pecado y a hacer de la vida un don de amor a Dios y a los hermanos. En el día de nuestro Bautismo, nos adherimos al proyecto de vida que Jesús nos presentó y pasamos a formar parte de la comunidad de los hijos de Dios. Nos queda, ahora, seguir los pasos de Jesús y recorrer, día a día, ese camino de amor y de servicio que él nos dejó en herencia. Es un compromiso serio y exigente, que necesita ser continuamente renovado. Nuestro compromiso con Jesús y con su propuesta de vida exige que, como él, vivamos en el amor, en el compartir, en el servicio, si es necesario hasta la entrega total de la vida; exige que luchemos, sin desanimarnos, contra todo aquello que roba la vida del hombre y le impide llegar a la vida plena; exige que seamos, en

medio del mundo, testigos de una dinámica nueva, la dinámica del amor. ¿Nuestra vida está siendo coherente con este compromiso?

■ Cristo gastó toda su existencia en la lucha contra todo aquello que esclaviza al hombre y le roba el acceso a la vida verdadera. Su muerte en cruz fue una consecuencia de su enfrentamiento con las fuerzas del egoísmo y del pecado que oprimían a los hombres. Con todo, la muerte no le venció sino que le “sentó para siempre a la derecha de Dios”. Su triunfo nos garantiza que una vida hecha donación de amor, no es una vida perdida y fracasada, sino que es una vida destinada a la eternidad. Quien, como él, lucha por vencer al pecado que esclaviza a los hombres, ha de llegar a la comunión plena con Dios, a la vida eterna. Esta certeza debe animar nuestro caminar y darnos el coraje para el compromiso. Aunque las fuerzas de la muerte nos acechen, el ejemplo de Cristo debe animarnos a proseguir nuestro combate contra el egoísmo, la injusticia, la opresión, el pecado.

### **3. Evangelio: Lectura del santo evangelio según san Marcos 13, 24-32**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de horizonte a horizonte. Aprended de esta parábola de la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.»

#### **3.1 Ambientación**

El texto que se nos propone hoy como Evangelio, nos sitúa en Jerusalén, poco antes de la pasión y la muerte de Jesús. Es el tercer día de estancia de Jesús en Jerusalén, el día de las “enseñanzas” y de la polémicas más radicales con los líderes judíos (cf. Mc 11,20-13,1-2). Al final de ese día, ya en el “Huerto de los Olivos”, Jesús ofrece a un grupo de discípulos (Pedro, Santiago, Juan y Andrés, cf. Mc 13,3) una amplia y enigmática enseñanza, que se conoce como el “discurso escatológico” (cf. Mt 13,3-37).

La mayor parte de los estudiosos del Evangelio según Marcos consideran que este discurso presentado con un lenguaje profético-apocalíptico, describe la misión de la comunidad cristiana en el período que va desde la muerte de Jesús hasta el final de la historia humana. Es un texto difícil, que emplea imágenes y lenguajes marcados por alusiones enigmáticas, a la manera del género literario “apocalipsis”. No es tanto un reportaje periodístico del acontecimiento cuanto una lectura profética de la historia humana. Su objetivo, según esta interpretación, sería dar a los discípulos indicaciones acerca de la actitud a tomar frente a las vicisitudes que marcarán el caminar histórico de la comunidad, hasta el momento en el que Jesús venga para instaurar, definitivamente, el nuevo cielo y la nueva tierra.

Los cuatro discípulos mencionados al principio del “discurso escatológico” representan a la comunidad cristiana de todos los tiempos... Los cuatro son, precisamente, los primeros discípulos llamados por Jesús (cf. Mc 1,16-20) y, como tales, se convierten en representantes de todos los futuros discípulos. El discurso escatológico de Jesús no sería, así, un mensaje privado destinado a un grupo especial, sino un mensaje destinado a toda la comunidad creyente, llamada a caminar por la historia con los ojos puestos en el encuentro final con Jesús y con el Padre.

La misión que Jesús (que es consciente de que ha llegado la hora de ir al encuentro del Padre) confía a su comunidad, no es una misión fácil. Jesús es consciente de que sus discípulos tendrán que enfrentarse con dificultades, persecuciones, tentaciones que “el mundo” va a poner en su camino. Esa comunidad en marcha por la historia necesitará, por tanto, estímulo y aliento. Es por eso por lo que surge esta llamada a la fidelidad, al coraje, a la vigilancia. En el horizonte último del caminar de la comunidad, Jesús sitúa el final de la historia humana y el reencuentro definitivo de los discípulos con Jesús.

El “discurso escatológico” se divide en tres partes, precedidas de una introducción (cf. Mc 13,1-4). En la primera parte (cf. Mc 13,5-23), el discurso anuncia una serie de vicisitudes que van a marcar la historia y que requieren de los discípulos una actitud adecuada: vigilancia y lucidez. En la

segunda parte, el discurso anuncia la venida definitiva del Hijo del Hombre, y el nacimiento de un mundo nuevo a partir de las ruinas del mundo viejo (cf. Mc 13,24-27). En la tercera parte, el discurso anuncia la incertidumbre en cuanto al “tiempo” histórico de los acontecimientos anunciados e insiste en que los discípulos estén siempre vigilantes, y preparados para acoger al Señor que viene (cf. Mc 13,28-37). Nuestro texto nos presenta, precisamente, la segunda parte y algunos versículos de la tercera parte del “discurso escatológico”.

### **3.2 Mensaje**

Los dos primeros versículos de nuestro texto se refieren, con imágenes sacadas de la tradición profética y apocalíptica, a la caída de ese mundo viejo que se opone a Dios y que persigue a los creyentes (vv. 24-25). En Is 13,10, el oscurecimiento del sol, de la luna y de las estrellas anuncia el día de la intervención justiciera de Yahvé para destruir el imperio babilónico y para liberar al Pueblo de Dios exiliado en una tierra extranjera (cf. Is 34,4); en Jl 2,10, las mismas imágenes son utilizadas para describir los acontecimientos del “día del Señor”, el día en el que Yahvé va a intervenir en la historia para castigar a los opresores y para salvar a sus elegidos. Este lenguaje es el que Marcos va a utilizar para describir la quiebra de los imperios que luchan contra Dios y contra sus santos. Se trata de un lenguaje tradicional que, sin embargo, es perfectamente perceptible para los lectores de Marcos. En el mundo griego, por ejemplo, el sol y la luna (“Helios” y “Selén”) eran adorados como dioses; y, en el mundo romano, el emperador se identificaba con el “sol” (el emperador Nerón, el primer perseguidor de los cristianos de Roma, hizo erigir en el palacio imperial una estatua de bronce de treinta metros de altura que lo representaba como el dios “sol”). El mensaje es evidente: está para suceder un viraje decisivo en la historia: el viejo orden religioso y político, los poderosos que se oponen a Dios y que persiguen a los santos, van a ser derrumbados, a fin de dejar espacio para un mundo nuevo, construido de acuerdo con los criterios y los valores de Dios. Marcos no se refiere, aquí, a aquello que nosotros solemos llamar “el fin del mundo”, sino que se refiere, genéricamente, a la victoria de Dios sobre el mal que oprime y esclaviza a aquellos que optaron por Dios y por sus propuestas.

La caída de ese mundo viejo, aparece asociada a la venida del Hijo del Hombre (v. 26). La imagen nos recuerda a Dn 7,13-14, donde se anuncia la venida de un “Hijo del Hombre” “sobre la nubes del cielo” para afirmar su soberanía sobre “todos los pueblos, todas las naciones y todas las lenguas”. El “Hijo del Hombre”, lleno de poder y de gloria, que vendrá a “reunir a sus elegidos” (v. 27), no puede ser otro sino Jesús. Con esta imagen, Marcos asegura a los creyentes el triunfo definitivo de Cristo sobre los poderes opresores y la liberación de aquellos que, a pesar de las persecuciones, continúan caminando con fidelidad por los caminos de Dios.

El mensaje propuesto por Marcos a sus lectores es claro: os espera un camino marcado por el sufrimiento y la persecución; sin embargo, no os dejéis hundir en la desesperación porque Jesús viene. Con su venida gloriosa (de ayer, de hoy, de mañana), cesará la esclavitud insoportable que os impide conocer la vida en plenitud y nacerá un mundo nuevo, de alegría y de felicidad plenas. El cuadro está destinado, por tanto, no a amedrentar, sino a abrir los corazones a la esperanza; cuando Jesús venga con su autoridad soberana, el mundo viejo del egoísmo y de la esclavitud caerá, y surgirá el día nuevo de la salvación/liberación sin fin.

En la segunda parte de nuestro texto (v. 28-32), Jesús responde a la cuestión propuesta por los discípulos en Mc 13,4: “Dinos cuando sucederá eso, y cual será la señal de que todas estas cosas están para cumplirse”.

Para Jesús, más importante que definir el tiempo exacto de la caída del mundo viejo, es tener confianza en la llegada del mundo nuevo y estar atento a los signos que lo anuncian. La aparición en las higueras de nuevas ramas y de nuevas hojas acontece, sin falta, cada año y anuncia al agricultor la llegada del verano y del tiempo de las cosechas (vv. 28-29); de la misma manera, los creyentes están invitados a esperar, con confianza, la llegada del mundo nuevo y a percibir, en los signos de disgregación del mundo viejo, el anuncio de que el tiempo de su liberación está a punto de llegar. Seguros de la venida del Señor, atentos a los signos que la anuncian, los creyentes pueden preparar su corazón para acogerlo, para aceptar los retos que les trae, para aprovechar las oportunidades que les ofrece.

No hay una fecha señalada para el advenimiento de esa nueva realidad (v. 32). De una cosa, sin embargo, los creyentes pueden estar seguros: las palabras de Jesús no son una bella teoría o un piadoso

deseo, sino que son la garantía de que, ese mundo nuevo, de vida plena y de felicidad sin fin, llegará (v. 31).

### **3.3 Actualización**

■ Ver los telediarios o escuchara las noticias en la radio es, con frecuencia, una experiencia que nos intranquiliza y que nos deprime. Los dramas de esta aldea global que es el mundo entran en nuestra casa, se sientan a nuestra mesa, se aposentán en nuestra existencia, perturban nuestra tranquilidad, oscurecen nuestro corazón. La guerra, la opresión, la injusticia, la miseria, la esclavitud, el egoísmo, la explotación, el desprecio de la dignidad del hombre nos aprisiona, incluso cuando sucede a millares de kilómetros del pequeño mundo donde nos movemos todos los días. Las sombras que cubren la historia actual de la humanidad se hacen realidades próximas, tangibles, que nos inquietan y que nos desalientan. Heridos y humillados, dudamos de Dios, de su bondad, de su amor, de su voluntad de salvar al hombre, de sus promesas de vida en plenitud. La Palabra de Dios que hoy se nos ofrece abre, con todo, la puerta a la esperanza. Reafirma, una vez más, que Dios no abandona a la humanidad y está decidido a transformar el mundo viejo de egoísmo y de pecado en un mundo nuevo de vida y de felicidad para todos los hombres. La humanidad no camina hacia el holocausto, hacia la destrucción, hacia el sinsentido, hacia la nada; sino que camina al encuentro de la vida plena, al encuentro de ese mundo nuevo en el que el hombre, con la ayuda de Dios, alcanzará la plenitud de sus posibilidades.

■ Los cristianos, convencidos de que Dios tiene un proyecto de vida para el mundo, tienen que ser testigos de esperanza. No leen la historia actual de la humanidad como un conjunto de dramas que apuntan hacia un futuro sin salida; sino que ven los momentos de tensión y de lucha que hoy marcan la vida de los hombres y de las sociedades como signos de que el mundo viejo va a ser transformado y renovado, hasta que surja un mundo nuevo y mejor. Para el cristiano, no tiene ningún sentido dejarse dominar por el miedo, por el pesimismo, por la desesperación, por discursos negativos, por angustias a propósito del fin del mundo... Nuestros contemporáneos tienen que ver en nosotros, no a gente deprimida y asustada, sino personas a quienes la fe les da una visión optimista de la vida y de la historia que caminan, alegres y confiados, al encuentro de ese mundo nuevo que Dios nos prometió.

■ Es Dios, el Señor de la historia, quien va a hacer nacer un mundo nuevo; con todo, él cuenta con nuestra colaboración en la realización de ese proyecto. La religión no es el opio que adormece a los hombres y les impide comprometerse con la historia. Los cristianos no pueden quedarse con los brazos cruzados a la espera de que el mundo nuevo caiga del cielo, sino que están llamados a anunciar y a construir, con su vida, con sus palabras, con sus gestos, ese mundo que está en los planes de Dios. Eso implica, antes que nada, un proceso de conversión que nos lleve a suprimir aquello que, en nosotros y en los otros, es egoísmo, orgullo, prepotencia, explotación, injusticia (mundo viejo); eso implica, también, testimoniar con gestos concretos, los valores del mundo nuevo, el compartir, el servicio, el perdón, el amor, la fraternidad, la solidaridad, la paz.

■ Ese Dios que no abandona a los hombres en su caminar por la historia, viene continuamente a nuestro encuentro para presentarnos sus retos, para hacernos entender sus planes, para indicarnos los caminos que Él nos llama a recorrer. De nuestra parte, necesitamos estar atentos a su proximidad y reconocerle en los signos de los tiempos, en el rostro de los hermanos, en las llamadas de los que sufren y que buscan la liberación. El cristiano no puede cerrarse e ignorar a Dios, sus llamadas y sus proyectos, tiene que estar atento y descubrir los signos a través de los cuales Dios se dirige a los hombres y les señala el camino hacia el mundo nuevo.

■ Es necesario, además, tener presente que este mundo nuevo, que está permanentemente haciéndose y depende de nuestro testimonio, nunca será una realidad plena en esta tierra (nuestro peregrinar por este mundo estará siempre marcado por nuestra finitud, por nuestras limitaciones, por nuestra imperfección). El mundo nuevo soñado por Dios es una realidad escatológica, cuya plenitud sólo sucederá después de que Cristo, el Señor, halla destruido definitivamente al mal que nos esclaviza.

## **SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL TRIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO**

### **1. LA LITURGIA MEDITADA A LO LARGO DE LA SEMANA**

A lo largo de los días de la semana anterior este día, intentad meditar la Palabra de Dios de este segundo 33º Domingo del Tiempo Ordinario. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

### **2. SOBRE EL EVANGELIO**

Para Dios, no hay pasado ni futuro, hay presente. Cuando Jesús habla de su regreso, los sitúa en el hoy de su Iglesia. Esto porque, cuando escribe su Evangelio, Marcos se dirige a una comunidad probada por las persecuciones, sin duda tentada por la desesperanza, por la duda. Se trata, pues de volver a decir que Cristo, que venció a la muerte en la mañana de Pascua, vence siempre sobre todas las fuerzas del mal. Su regreso será, entonces, la manifestación de su esplendor y de su poder amoroso sobre las fuerzas de la muerte. Para reavivar su esperanza, los creyentes son invitados a indagar los signos que indican que el señor va a volver. La esperanza de los cristianos se manifiesta en cada Eucaristía cuando afirman que Cristo vino, viene y vendrá.

### **3. A LA ESCUCHA DE LA PALABRA**

“En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán” ¿El fin del mundo? ¿Cuál es el sentido de estas palabras? Es necesario mirar más de ceca. Nuestro mundo ha sido creado. No siempre existió como lo conocemos. La tierra ha conocido transformaciones profundas y conocerá otras, ciertamente. Aparece la vida, la muerte, lo desconocido que mete miedo. A su manera, inspirado por un modo particular de hablar, el género apocalíptico, Jesús expresa esta realidad muy concreta del fin de todas las cosas. Pero no se queda ahí. Estos cataclismos precederán a su venida que sucederá con gran poder y con gran gloria. Y pone la comparación de la higuera... No se trata de una realidad que lleva a la destrucción y a la muerte, sino a la vida, en su vertiente de nacimiento, de alegría, de luz. Las fuerzas de la muerte no tendrán la última palabra. El ejemplo de Cristo en la cruz... donde se revela el poder del amor de su Padre. De aquí en adelante, por la fe, podemos ver el mal misteriosamente habitado por este amor. Los sobresaltos del cosmos y de la historia son las primicias, dolorosas sin duda, de una transformación, de un nacimiento que desembocará en la luz de la Vida.

### **4. PARA LA SEMANA QUE VIENE**

Vueltos hacia la venida de Cristo.

Los extractos de la Escritura proclamados en este domingo nos recuerdan que este momento sucederá y que nosotros no conocemos ni el día ni la hora. Invitados por estos textos, ¿por qué no suscitar diálogo y debate sobre este tema?

¿Estoy preparado? Al lado de la dimensión escatológica de la fe se sitúa la cuestión de la vigilancia, a la cual nos interpela el Adviento de una manera fuerte. Cristo dice que nadie conoce el momento de su regreso. Preguntémonos, entonces, si estamos preparados para este encuentro.

**Sacerdotes del Corazón de Jesús (Padres Reparadores- Dehonianos)**

[www.scj.es](http://www.scj.es)